

JUAN CUETO: «COMUNICACION Y CULTURA»

■ Del mito de la modernidad a la sociedad compleja

Entre el 8 y el 15 de octubre, el periodista y ensayista **Juan Cueto** dio en la Fundación Juan March un curso universitario sobre «Comunicación y Cultura». Como es habitual, el curso constó de cuatro conferencias, que llevaron los títulos siguientes: «Mitologías de la modernidad en el fin de siglo», «Escenarios sociales e individuales de la nueva comunicación», «Cultura y nuevas tecnologías» y «De la sociedad perpleja a la sociedad compleja».

A modo de introducción al ciclo, Juan Cueto aludió a los dos términos a los que hacía referencia el título general del mismo: «Sólo existe en la actualidad un término más polémico y polisémico que el de comunicación y es el de cultura. Pero cuando ambos términos van unidos, y unidos además por una perversa conjunción copulativa, por una 'y', como es el caso del título genérico de estas cuatro charlas, entonces la polémica y la polisemia inicial que arrastran los conceptos 'comunicación' y 'cultura' alcanzan dimensiones francamente desmesuradas: de escala babélica y de rango babilónico».

«Estas charlas —explicó también Cueto— no tratan de la comunicación y la cultura desde presupuestos académicos y metodológicos, sino que utilizan este título genérico para reflexionar en voz alta sobre los aconteci-



JUAN CUETO nació en Oviedo en 1942. Es licenciado en Derecho, Ciencias Políticas y Periodismo. Ha ejercido como profesor en la Universidad de Oviedo. Es director de la revista cultural «Cuadernos del Norte» y de la «Enciclopedia Temática Asturiana». Colaborador de numerosas publicaciones, escribe con regularidad en «El País». Es Premio González Ruano de Periodismo. Entre otros libros es autor de los siguientes: «Exterior noche», «La sociedad de consumo de masas», «Mitología de la Modernidad» y «Guía espiritual de Miguel de Molinos».

mientos centrales de este fin de siglo tomando, eso sí, la comunicación y la cultura como eje de estas reflexiones».

Se ofrece a continuación un amplio resumen de las cuatro conferencias que dio Juan Cueto.

Tenemos por un lado 'mitologías', por el otro, 'modernidad' y, por último 'fin de siglo'. De entrada, he escogido alevosamente, y con bastante nocturnidad, tres conceptos abiertamente populares, y polémicos, periodísticos y hasta comerciales, tan confusos a pesar de que los estamos utilizando continuamente. Pero en esta confusión extendida, en este malentendido apoteósico, subyace una de las pistas de lo que está pasando. El concepto de mito surgió precisamente para referir y referirse a la tradición cultural del Occidente, mientras que ahora es obvio que lo estamos utilizando al buen tuntún para referirnos a lo contemporáneo, a lo moderno, a la actualidad.

El espacio y el tiempo del mito era el de los orígenes sagrados del mundo, pero ahora lo usamos y abusamos para referir las postrimerías profanas de este fin de siglo. El mito es una narración, es una historia. Pero es una historia que se opone a la Historia. Y hoy lo estamos utilizando para todo lo contrario, para referir el colmo de lo histórico y de la historicidad en su forma más extrema y escandalosa: para hablar de la actualidad, del presente vivo, del qué pasa, del aquí y el ahora. Pues bien, en esta curiosa mutación producida por la irrupción de los medios de comunicación de masas en nuestras sociedades industrializadas, es donde yo veo no sólo las claves para enfrentarnos al espíritu de nuestro tiempo. Es decir, para situar en su justo sitio la mareante y movediza noción de modernidad y, consecuentemente, de posmodernidad.

El principal mito de la modernidad, ya digo, es la propia

noción de modernidad. El origen de la idea de modernidad, por un lado, y su crisis, sus postrimerías, por el otro, son el germen de la mayor parte de esos mitos, de esas ceremonias profanas y de esas liturgias cotidianas, en las que desde hace aproximadamente dos siglos se habla y se reconoce nuestra civilización. Mi primera hipótesis es que cuando se origina la modernidad, cuando se funda en nuestra cultura esa idea en la cual todavía estamos instalados, o mejor, tambaleantes, se funda también una nueva mitología en la civilización occidental que poco o nada tiene que ver con las mitologías del mundo antiguo.

Mi segunda hipótesis es que cuando esa idea de modernidad entra en crisis, cuando se descompone el mito de la modernidad, se origina un aluvión de nuevos comportamientos individuales y actitudes sociales que pocas veces merecen el nombre de mitos porque generalmente se trata de ritos, concretamente ritos de paso.

Pienso que el concepto de modernidad surge en la cultura occidental cuando los pensadores empiezan a plantearse la distinción entre *filosofía mundana* y *filosofía académica*, que es lo mismo que decir cuando irrumpe en el discurso cultural el tema del presente, del qué está pasando o qué nos está pasando. La modernidad se inicia cuando la filosofía introduce en su discurso lo que Kant llamaba la doctrina de la utilidad, para diferenciarla de la doctrina de la habilidad. Es decir, cuando el propio Kant introduce en su discurso esas dos grandes interrogaciones mundanas, todavía vivas y coleantes: *¿qué pasa?* y *¿qué hacer?*

FUNDACIÓN JUAN MARCH
CURSOS UNIVERSITARIOS 1985/1986

Comunicación y Cultura

JUAN CUETO



OCTUBRE 1985

Martes, 8
MITOLOGÍAS DE LA MODERNIDAD EN EL FIN DE SIGLO

Jueves, 10
ESCENARIOS SOCIALES E INDIVIDUALES
DE LA NUEVA COMUNICACIÓN

Martes, 15
CULTURA Y NUEVAS TECNOLOGÍAS

Jueves, 17
DE LA SOCIEDAD PERPLEJA A LA SOCIEDAD COMPLEJA



Todas las conferencias tendrán lugar a las 19.30 horas en la Fundación Juan March,
Castelló, 77. 28008 Madrid. Entrada libre.

En definitiva, la mayor parte de estas nuevas mitologías fin de siglo, que han dado la vuelta a las mitologías de la era de la producción y del consumo, son resultados de una mutación radical en aquella 'idea del presente', que estaba en el origen de modernidad.

Porque si la aceptación del presente en el discurso cultural mundano y académico, digámoslo así, fue el acontecimiento que originó el proyecto de modernidad en nuestra cultura occidental, el radical cambio que está operando la noción de presente, es la fuente principal de la mayor parte de estos síntomas de cambio, de estos ritos de paso, que delatan a su manera la crisis de un proyecto de modernidad y anuncian el advenimiento de otro distinto

que, por el momento, sólo sabemos nombrar negativamente.

Las nuevas tecnologías han modificado los tradicionales escenarios sociales e individuales donde se operaba la comunicación y la cultura. Este acortamiento del tiempo presente, incluso, a veces, su aparente invisibilidad es resultado de la imbricación compleja de un determinado número de factores, en su mayor parte derivados de los nuevos procesos de comunicación.

Esta variación en la noción de presente es la fuente de todos los malentendidos, polémicas y follones callejeros que protagoniza el término postmodernidad. Se habla de fin de la modernidad, sencillamente, porque la noción del tiempo presente ha variado, porque los espacios donde se produce, se representa y se consume el acontecimiento de comunicación y de cultura son nuevos, porque el objeto industrial (y artístico) tiene un nuevo estatuto y porque el sujeto histórico ya no es el mismo que hace veinte años, por lo menos.

La originalidad de la mutación que ahora estamos viviendo tiene cuatro o cinco rasgos que la distinguen netamente de otras eras y son las que, a mi entender, están en el meollo de esos nuevos escenarios sociales e individuales, en donde acontece el hecho cultural y, claro, en ese cambio habido de noción y sensación de presente, es decir, de vivir la modernidad en curso. Me refiero a los conceptos de velocidad, invisibilidad, memoria, universalidad y complejidad.

Nuestra sociedad se ha convertido en una sociedad acelerada. Dos ejemplos extremos ilustran esta mutación decisiva en los ritmos personales y sociales de la modernidad: el ocio y la gue-

rra. El consumo ostentatorio se ha convertido, ante todo, en consumo de velocidad. Exhibir velocidad constituye la máxima cota del ocio triunfador. También en la guerra la velocidad es el factor dominante. El poderío militar de una nación ha dejado de juzgarse exclusivamente por la capacidad de destrucción de su arsenal. La guerra total de finales del siglo XX sólo puede ser una guerra instantánea, que se dirime en cuestión de segundos.

El objeto moderno, por otro lado, no habita ya en el escenario de la producción, ni siquiera en el de la reproducción, sino en el viejo mundo de las ideas. Pertenece casi por entero a las esferas de la información, del diseño, de las memorias y las inteligencias artificiales, de los bancos de datos, de las redes de comunicación, de los programas alfanuméricos, de los canales y mensajes interactivos, de los cálculos matemáticos de simulación, de las retóricas tecnológicas y de las ciencias de esos laboratorios que trafican exclusivamente en escalas infinitamente pequeñas o infinitamente grandes. Este nuevo objeto post-industrial es la mejor metáfora que tenemos a mano para ilustrar no sólo las nuevas mitologías de este fin de siglo y para describir los nuevos escenarios sociales e individuales de la comunicación, sino para ilustrar el drástico cambio de rumbo operado por la vieja idea de realidad.

A este país ha llegado primero el discurso catastrofista o pesimista sobre las nuevas tecnologías que las nuevas tecnologías. El discurso dominante, por simples ejemplos periodísticos recientes, nos cuenta los efectos negativos que comporta la informatización de la socie-

dad o el peligro de las manipulaciones genéticas cuando todavía no puede hablarse seriamente de la informatización de la sociedad española y nuestros laboratorios bioquímicos están muy lejos de ofrecer al público resultados filosóficos o moralmente inquietantes.

El problema de las nuevas tecnologías, al menos tal y como se plantea en este país, exige como premisa fundamental una visión de conjunto, una estrategia global, una decidida voluntad de acción coordinada y totalizante, un política de *consenso nacional*.

Hay en el mercado de las teorías muchas maneras de nombrar un mismo acontecimiento histórico derivado del impacto avasallador de las nuevas tecnologías.

Como ya ocurrió en la segunda industrialización (sociedad de consumo) y en parte con la primera, esta tercera mutación o revolución industrial, ha llegado a este país por el consumo, pero no por la producción. Y por un consumo salvaje, caótico, desordenante. Proporcionalmente el consumo de nuevas tecnologías es muy similar, en crecimiento, al de otros países más avanzados, pero la diferencia es que nosotros no somos productores de estas nuevas mercancías.

En la mayor parte de las discusiones sobre estos asuntos relacionados con las nuevas tecnologías y la cultura, especialmente en nuestro país y, sobre todo, por parte de la progresía no reciclada para la complejidad, el asunto se plantea a través de dos grandes áreas de preocupación: los efectos sociales del impacto tecnológico y la discusión de si tales innovaciones son o no son resultado de una de-

manda social, implícita y explícita, propia del final de este siglo.

La complejidad de estas tecnologías afecta a otro debate: al papel que el Estado tiene que desempeñar en estos asuntos. Por sus imbricaciones sociales parece lógico que tengan implicaciones sociales, lo que produce una paradoja: sin el concurso del Estado no es posible acceder a la sociedad postindustrial, pero la sociedad postindustrial por definición y por operatividad nunca puede existir y desarrollarse en una sociedad estatalizada. Dada la atipicidad del problema español de las nuevas tecnologías, estas anomalías o miserias nacionales pueden convertirse en ventajas. Desde una escala muy baja de producción es más fácil acceder a las cotas más desarrolladas. Estamos en esa posición ideal.

Hacia la sociedad compleja

Decía Paul Valéry que el gran problema del momento actual es que «el futuro ya no es lo que era». Tantas décadas después de la brillante definición de Valéry, la frase cobra una actualidad candente. El desconcierto del presente viene originado fundamentalmente por esa serie de mutaciones vertiginosas que se han ido sucediendo en los últimos tiempos en los ámbitos tecnológicos, científicos, culturales y económicos, y que han ido diseñando caóticamente esos nuevos escenarios sociales individuales.

Lo que ha entrado en crisis, pues, no sólo es un modelo de economía, de industria, de consumo, de valores sociales e individuales, de tecnología, de cultura o de comunicación, como se suele repetir: ha entrado en

crisis, también, sobre todo, aquel modelo de futuro en el que se reconocían y proyectaban las sociedades de la primera y segunda industrialización, la sociedad de la producción y la sociedad de consumo. Es decir, han entrado en crisis irremediable las ilusiones de un progreso lineal, de rango simple, donde las cosas nuevas vendrían a *complementar* pacíficamente a las viejas, donde todo hallazgo o innovación puede sumarse sin problemas ni contradicciones a todo lo anterior.

Uno de los rasgos más llamativos de este momento presidido por la mutación tecnológica que vivimos, es que lo nuevo no se añade naturalmente a lo viejo, a secas, no se añade de aquella manera ordenada, sino que, o bien, lo sustituye sin contemplaciones o, sobre todo, compete ferozmente con lo anterior.

No pienso que la idea de progreso sea, en estos tiempos, una idea muerta. Lo que ha entrado en crisis es un concretísimo modelo de progreso, diseñado a partir de las ideas ingenuas de acumulación interrumpida, linealidad grosera, progresión inexorable y continuismo elemental. Por eso el futuro, como decía Valéry, ya no es lo que era. Porque el creciente protagonismo de la ciencia y de la tecnología, especialmente en los ámbitos culturales y de comunicación humana, ha impuesto un modelo de racionalidad distinto con el fin de *simular* más adecuadamente la 'nueva realidad' emergente y con el fin de diseñar la noción de progreso (y de utopía), de acuerdo con esquemas mentales algo más complejos que los de adicción, linealidad o continuidad, calcados sin rubor del arte de la ficción. ■